JACINTO BENAVENTE

LA COMIDA DE LAS FIERAS

COMEDIA

en tres actos y un cuadro, original

Copyright, by Jacinto Benavente, 1913

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle de Núñez de Balboa, 12

1913

LA COMIDA DE LAS FIERAS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

LA COMIDA DE LAS FIERAS

COMEDIA

en tres actos y un cuadro

ORIGINAL DE

JACINTO BENAVENTE

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA el 7 de Noviembre de 1898

MADRID
IMPRENTA DE "NUEVO MUNDO"
Calle de Larra, núm. 8

1913

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
VICTORIA	Srta. Cobeña.
ISABEL	» Sampedro.
TELES	Sra. Tovar.
HORTENSIA	» Suárez.
LA MARQUESA DE SAN SEVERINO	Srta. Quijada.
DOÑA CONCHA	Sra. Álvarez.
ANITA	Srta. Blanco.
ELVIRA	» Valero.
FILOMENA	Sra. Ruiz.
JUANA	Srta. Arévalo.
HIPÓLITO	Sr. Thuiller.
MANUEL	» Martí.
LUIS TOMILLARES	» Cuevas.
EL MARQUÉS DE CASTROJERIZ	» Arcila.
DON OLEGARIO SANTA CLARA	» Altarriba.
DON NICOLÁS	» Calle.
TEÓFILO EVERIT	» Valle Inclán.
ESTEBANILLO	» Manso.
DON FERMÍN ANTÓN	» Jiménez.
FERNANDO	» Cobeña.
ANDRÉS	» Martínez.
SOTERO	» Ponzano.
PACO	» Porredón.
SACERDOTE 1.º	» Moreno.
ÍDEM 2.º	» Domínguez.
EMPLEADO 1.º	» Rando.
ÍDEM 2.º	» L. Alonso.

Señoras y Caballeros.

ACTO PRIMERO

Salón en un palacio. Profusión de muebles, de cuadros y de objetos artísticos; todo con papeletas numeradas, como catalogado para una subasta. Puerta de entrada á la derecha (*espectador*). Otra grande a la izquierda, que da entrada á la sala de ventas. Mesa á un lado en el fondo y sobre ella ejemplares del catálogo. En primer término, á la izquierda, un escaño forrado de terciopelo. Dos empleados vigilan en la sala. Algunos caballeros y señoras examinan los objetos.

ESCENA PRIMERA

DOS EMPLEADOS, dos SACERDOTES, LUIS TOMILLARES, señoras, caballeros.

SACER. (Al empleado.) ¿Sabe usted si ha empezado ya la subasta?

EMP. 1.º Sí, señor; en este momento.

SACER. ¿Hay mucha gente en el salón?

EMP. 1.º No tanta como estos días pasados. Como hoy se subasta solamente cosas de iglesia... ¿sabe usted?... no le interesa á tanta gente. No es como los cuadros, los muebles...

SACER. Es natural. (Al Sacerdote que le acompaña.) Vamos. (Saludando al Empleado.) Muy buenas tardes, y tantísimas gracias. (Entran en el salón de ventas los dos Sacerdotes.)

TOMI. (Al Empleado.) ¿Hace usted el favor de un catálogo?

EMP. 1.º Sí, señor; aquí tiene usted.

TOMI. Muchas gracias.

EMP. 1.º Son dos pesetas.

TOMI. ¡Ah! Yo creí... Tome usted. Creí que no se vendía.

607887

EMP. 1.º Es libro de mérito. Está escrito en tres idiomas..., como vienen muchos extranjeros... y tiene un prólogo de un académico de la Historia.

TOMI. Es de balde.

EMP. 1.º El producto de la venta se destina á los establecimientos de Beneficencia.

TOMI. ¿Cómo? ¿Y los acreedores de la casa de Cerinola renuncian á ese pico?... Verdad es que algunos habrá por esos establecimientos de Beneficencia.

EMP. 1.º Sí, señor, es posible; pero no crea usted que los acreedores sacarán mucho de esta subasta, desgraciadamente... Digo desgraciadamente, porque mi padre tenía acciones de la casa de Cerinola.

TOMI. ¡Es interesante!

EMP. 1.º Sí, señor; todos sus ahorros. Por eso estoy colocado aquí, mientras dura la subasta.

TOMI. ¡Si se hubiera sabido! Hay quien vendió todas sus acciones al peso, como si fueran *Diarios de Sesiones*... Y ¿qué sueldo cobra usted?

EMP. 1.º Dos pesetas. Pues sí, señor; de aquí sólo sacarán algo los peces gordos... Ya ve usted, la duquesa viuda en primer término, porque es acreedora preferente; y como el Código civil, que es el Código de los ricos...

TOMI. ¿Conoce usted el Código?

EMP. 1.º No lo extrañe usted. He estudiado tres años de Leyes, pero vino la mala; mi padre lo perdió todo...

TOMI. ¡Es interesante! ¡Cuánta grandeza caída! Y ¿no tiene usted otro empleo en perspectiva, por ahora?

EMP. 1.º No, señor.

TOMI. Si no tiene usted inconveniente, desde ahora le ofrezco un destino modestísimo en un círculo aristocrático, para la sala de recreos; se necesita gente fina...

EMP. 1.º Caballero... No sé cómo agradecer... Tome usted una tarjeta con mis señas.

TOMI. Y ¿qué subastan hoy?

EMP. 1.º Objetos de iglesia: casullas, cálices..., ropas de altares... Han venido muchos sacerdotes..., el presidente del Círculo Tradicionalista y el sastre del Teatro Real.

TOMI. Voy á dar un vistazo. Amigo mío... (Despidiéndose.)

EMP. 1.º (Saludando.) Caballero... (Tomillares entra en la sala de ventas.) ¡Vaya un señor simpático! (Al otro Empleado.)

EMP. 2.º Le conozco mucho: don Luis Tomillares; cuando yo estaba empleado en el Gobierno civil iba este señor casi todas las noches á última hora á pedir al gobernador que soltasen algún detenido.

EMP. 1.º Debe ser persona influyente.

EMP. 2.º Conoce á todo Madrid.

EMP. 1.º Ten cuidado con aquel tipo; viene todas las tardes; ¡me da mala espina!

EMP. 2.º Lo que no sé es cómo no han robado ya algo; debían haber traído Guardia civil, sobre todo por la noche; se conoce que los que han andado en esto de la subasta no tienen miedo á que les roben.

EMP. 1.º O que tienen más miedo á la Guardia civil. (Pasean.)

ESCENA II

LA MARQUESA DE SAN SEVERINO, DON OLEGARIO SANTA CLARA y después DON NICOLÁS

MAR. ¿Te acuerdas de este salón?

OLEGA. Sí, el de las armaduras. ¡Qué pena, Rosario, qué pena!

MAR. Yo, créelo, el primer día que vine á la subasta me eché á llorar como una tonta.

OLEGA. Yo no hubiera venido solo. Soy poco curioso; no he de comprar nada.

MAR. Todo se ha vendido carísimo. Yo he comprado algunas chucherías; pero es imposible encontrar gangas. ¡Hasta de Inglaterra han venido anticuarios!

OLEGA. ¡Ya lo creo! Esta casa de Cerinola poseía

tesoros! ¡Es una pena, una verdadera pena!

MAR. ¡Y una vergüenza! ¡Los herederos no han debido consentirlo!

OLEGA. Ni nosotros, por decoro de clase; pero ¡ya no somos nada, no valemos nada! ¡Este baratillo de grandezas me desconsuela! ¡Tantos recuerdos gloriosos!... ¡No hay razón que me convenza de que todo esto puede venderse, ir á parar á manos de cualquiera! Estas reliquias deberían ir vinculadas á los títulos, como el apellido, como algo que es la sangre y el alma misma de la nobleza!

MAR. ¿Te acuerdas de tantas fiestas famosas? ¿Aquel baile de trajes á que asistió el príncipe alemán?

OLEGA. ¡Qué hermosa estaba entonces Casilda!

MAR. Parecía hija de su marido. ¡El pobre Luis estaba muy acabado! Por supuesto, yo nunca he creído las cosas que se decían...

OLEGA. ¿De quién? ¿De ella?

MAR. De los dos. La casa de Cerinola venía cayendo desde tiempos del padre de Luis.

OLEGA. Sí, entre todos la arruinaron; ¡pero es una pena, una verdadera pena! En otros tiempos, una grandeza como esta podía caer en un día por capricho ó por venganza de un soberano; era un derrumbamiento grandioso; no este hundirse mezquino á fuerza de goteras y desconchaduras... ¡Si ha de ser uno presa al fin y al cabo, mejor es serlo del león que del lobo! ¡Mejor el hacha del verdugo que la pluma del escribano!

MAR. ¡Todo antes que esto! Yo sé que de nosotros se ríe mucha gente; pero en casa no se paga una cuenta sin mi consentimiento, y por turno riguroso, como en una oficina. Ya ves, este año estoy pagando las del 91. Sin orden no es posible una buena administración.

OLEGA. (Examinando algunos objetos.) ¡Qué maravillas! ¿Adónde irá á parar todo esto?

MAR. ¡Figúrate! La mayor parte á manos de

chamarileros, que sabrán revenderlo todo á buen precio. Lo demás irá desperdigado á casas de gente adinerada. Don Fermín Antón compró el otro día unos tapices, según él, de los Girondinos.

OLEGA. ¡Valiente bárbaro!

MAR. El marqués de Casa-Ibáñez, título flamante, arrambló con dos armaduras; esos americanos que tanto ruido hacen ahora en Madrid, los de Alsina, se han gastado un capital; en fin, hasta una bandada de palomas torcaces...

OLEGA. Ya entiendo; con el dinero de nuestros hijos se llevan las reliquias de nuestros abuelos. ¡Oh! ¡El vicio es un gran nivelador!

MAR. ¡Hermoso retrato! ¿Verdad?

OLEGA. Sí; ¡qué vida tiene! ¡Qué expresión de inteligencia!

MAR. Este no es de la familia.

NICOLÁS (Que ha salido momentos antes de la sala de ventas.) ¡Mi señora Marquesa!

MAR. ¡Don Nicolás!

NICOLÁS ¡Mi señor don Olegario de Santa Clara! ¿Ustedes por aquí?

MAR. Sí, de curiosos.

NICOLÁS Y de personas de gusto. ¡Ustedes pueden adquirir estas cosas! Yo he venido esta tarde por mandado de las hermanas. Las pobres supieron que hoy subastaban objetos sagrados...; de mí para ustedes, ¡un sacrilegio!, ¡un gravísimo sacrilegio! ¡Vender en pública almoneda estas cosas santas! ¡En fin, nosotros no podemos evitarlo! ¡Así anda todo!

MAR. Bien; y las hermanas, ¿deseaban adquirir algo?

NICOLÁS Sí, señora Marquesa. Las pobres pasan mil apuros; andamos muy mal de ropa de altares y de mil cosas precisas para el decoro del culto. Ya se ve, como las pobres hermanas no son de estas entrometidas ni pedigüeñas..., porque hoy día en la Comunidad todas son señoras de clase, incapaces de molestar á nadie... Pues,

como digo, me enviaron á ver lo que había por aquí; pero ¡imposible, señora Marquesa! ¡Todo tan rico! ¡Imposible! ¡Luego, esos ingleses judiazos lo pagan todo á peso de oro! ¡Estoy asustado, señora Marquesa; asustado! ¡Se ha vendido una capa pluvial en veinte mil pesetas! ¿Y para qué dirá usted, señora Marquesa? ¡Para vestir un piano! ¡Dicen que es la moda! ¡Dios me perdone!

OLEGA. ¡Se asusta usted de poco!

NICOLÁS ¡Ay, señor don Olegario de mi alma! Si usted, que es tan buen cristiano y tan bondadoso, quisiera hacer algo por esas pobres hermanas..., y usted, señora Marquesa, vaya algún día por allí; ahora empezamos unos ejercicios y tenemos concedidas muchas indulgencias... Si usted y otras señoras como usted quisieran favorecernos un poco...

MAR. Yo, por mi parte, voy algunas veces; pero es muy fría aquella iglesia.

NICOLÁS Este año hemos puesto cortinas dobles, señora Marquesa, y toda la iglesia está esterada. No dejen de atender á las pobrecitas.

OLEGA. (A la Marquesa, mirando á la sala de ventas.) Mira quién está allí.

MAR. ¿Quién?

NICOLÁS Señora Marquesa, no quiero molestar á Vuecencia. Don Olegario, siempre á su disposición.

OLEGA. Vaya usted con Dios, don Nicolás.

MAR. Usted siga bien; tantos recuerdos á las hermanitas.

NICOLÁS De parte de Vuecencia, señora Marquesa. (Sale saludando.)

MAR. ¿Quién dices que está? ¡Ah, Manolo, mi sobrino! ¿Con quién está?

OLEGA. Con unas señoras.

MAR. (Mirando) ¡No están malas señoras! ¡Ese Manolo siempre el mismo!

OLEGA. ¡Cómo, exhibirse en público con esas mujeres!

MAR. ¡Bah! ¡En una subasta es lo más natural!

Alguna de ellas será procedente de testamentaría.

OLEGA. Calla, vienen hacia aquí.

MAR. Como si no le hubiéramos visto. Curioseemos la exposición.

ESCENA III

Salen de la sala de ventas el MARQUÉS DE CASTROJERIZ, LUIS TOMILLARES, HORTENSIA y TELES; la MARQUESA y DON OLEGARIO examinan algunos objetos, y después de mirar al grupo entran en la sala de ventas.

TOMI. ¿Pero también hoy pensábais comprar algo?

HORTEN. Yo, por mi parte, lo compraría todo. ¡Esta subasta me ha arruinado para toda la vida! ¡He dejado aquí un dineral!

TELES ¡Lástima de dinero! Yo no veo la gracia de estos muebles y de estos cuadros. ¡Todo tan viejo y tan deslucido!

HORTEN. ¿Tú qué entiendes?

TELES ¡Habiendo muebles tan preciosos y tan nuevecitos en las tiendas!...

MARQUÉS Donde estén el raso y el *peluche*, ¿verdad?, y unos buenos cromos...

TELES Os burláis de mí porque sois unos estúpidos; porque á mí no me digan: estas cosas os gustan tanto como á mí, pero es la moda... ¡Oh, lo antiguo, lo aristocrático!

MARQUÉS ¡Ya me habéis comprendido!

TE Y HOR. ¿Nosotras?

MARQUÉS Sí; mi tía la de San Severino me ha visto; no me cabe duda; se ha hecho la desentendida, pero me ha visto.

TELES ¡Ah! ¿Y qué? ¿Te dará azotes?

HORTEN. No sé qué puede decir de nosotras. Me parece que no venimos llamativas...

TOMI. No; el viajecito á París os ha probado muy bien; venís elegantísimas.

HORTEN. ¡París de mi alma! ¡Qué trajes! ¡Qué sombreros! ¡Qué muebles! ¡Lo hubiera comprado todo! Si me pierdo, que me busquen en París.

MARQUÉS Tomaré el tren esta noche.

HORTEN. ¿Esta noche?

MARQUÉS Como dices que te busque allí si te pierdes... corro á buscarte.

HORTEN. ¡Lo que yo hubiera querido es no volver á Madrid en la vida!

TELES Pues yo me aburro mucho.

TOMI. ¿De veras?

HORTEN. ¡Claro, sin saber francés!

TELES ¡Cualquiera aprende!

MARQUÉS Pero, ¿es posible, Teles, que no hayas aprendido nada?

TELES ¡Gente más antipática que los franceses!

HORTEN. ¡No sé de qué se queja! Precisamente con sus barbaridades hizo un *succès;* les cayó en gracia por lo salvaje; estuvo allí en clase de *aschanti.*

TOMI. Bueno. ¿Se puede saber á quién esperamos?

HORTEN. A Teófilo.

TELES ¡Valiente chiflado! ¡Será capaz de comprar una casulla!

TOMI. ¿En dónde habéis encontrado á ese tipo?

HORTEN. ¿Tipo? ¡Es un hombre *chic!*

MARQUÉS Un original... en España.

HORTEN. En París hacía furor. Le conocimos en un *cabaret* de Montmartre.

TELES ¡No me lo recuerdes! ¡Si lo que yo he pasado!... Figuraos una especie de cueva con las paredes pintadas de esqueletos y de calaveras, y unos paños negros colgados del techo, y hachones de cera...

HORTEN. Nos llevó allí Molinero, el pintor, que por cierto está ganando un dineral. Conoce á todos los artistas de París.

TELES ¡Un hatajo de locos!

TOMI. Por la muestra...

MARQUÉS Pero este es español.

HORTEN. ¿Teófilo? Sí, es español. Su padre era inglés, y él se ha pasado la vida viajando. Tiene mucha gracia y mucho dinero.

TELES ¡Como siga gastando de esa manera!...

TOMI. Perderá toda la gracia.

TELES Con el dinero. Porque no tiene otra gracia, aunque lo diga Hortensia, que ha ve-

nido de París más loca que se fué. ¡Ya verás cómo ha puesto la casa!

HORTEN. ¡Pero tú qué entiendes!... Venid á verla.

TELES Todo de historia: comedor Luis XV; gabinete Luis XIV. Lo único bonito es el tocador: *recocó.*

HORTEN. ¿Qué has dicho, salvaje?

TOMI. *Recocotte:* lo ha dicho bien. Sigue, hija mía.

MARQUÉS (A Teles.) Y tú, ¿no has comprado nada en la subasta?

TELES ¿Yo? Y ¿para qué? Si cada lunes y cada martes tengo que venderlo todo. ¡Me paso la vida anunciando almonedas!

TOMI. Como el mejicano que se ausenta por no probarle este clima.

HORTEN. (Al Marqués) Oye, Manolo, ¿venías aquí en los buenos tiempos de la casa?

MARQUÉS ¡Ya lo creo! Aquí dí mis primeras vueltas de vals.

HORTEN. ¿Estaría magnífico el palacio?

MARQUÉS ¡Figúrate! Muy bien repartido todo, saldrán de aquí dos docenas de casas bien puestas.

TELES Oye, y la Duquesa, ¿era tan guapa como dicen?

MARQUÉS ¡Una mujer encantadora!

TELES Y el Duque, ¿era tan espléndido?

MARQUÉS ¡Oh! ¡Esto era un palacio de las mil y una noches!

TELES ¡Con el pico me hubiera contentado yo! ¡Qué lástima no haber nacido antes!

MARQUÉS ¿Por qué? ¿Por el Duque? No, chiquilla; el Duque estaba sordo como una tapia.

TELES ¡Ay! ¡Yo le hubiera hablado al oído!

TOMI. Inútil. Ya ves que el heredero de estos títulos es un sobrino, y otra cosa hubiera sido inverosímil. (Hortensia y Teles se ríen.)

MARQUÉS Vaya, vaya, no saquemos nosotros á subasta murmuraciones antiguas. Las historias escandalosas caducan al año, como los billetes de la lotería. Digo lo que Teles: habiendo tantas novedades... Por ejemplo, Hortensia ha inaugurado su

nueva temporada de Madrid, y aún no ha presentado la lista de compañía.

HORTEN. ¡Qué *esprit!*

MARQUÉS No tanto como en Montmartre, pero lo bastante para la calle de Sevilla.

TOMI. El caballo blanco, ya se sabe, el de siempre; empresario y primer actor en sus obras. ¡Pobre Marqués! Ya no debe representar más que *La vida es sueño.*

MARQUÉS El galán joven para los papeles de pasión, no hay que preguntar: ese joven decadente, ese Teófilo...

HORTEN. Te tiene sin cuidado; no tengo que darte cuenta de mis acciones...

TOMI. Claro que no; allá los accionistas.

MARQUÉS ¿Y el repertorio? ¿Siempre lo mismo?

HORTEN. No, todo nuevo; por eso vengo de París.

TOMI. ¿Y tú, querida Teles?

TELES Yo soy muy española. A mí, si me pierdo, que me busquen en la Puerta del Sol.

MARQUÉS (A Hortensia.) Aprende; Teles no se pierde tan lejos como tú.

HORTEN. ¿A que te doy un sombrillazo?

MARQUÉS Mujer, ¿no has dicho que no vienes llamativa?

TOMI. ¡Chist! Un momento. Retiraos un poco; los de Alsina están en el salón de al lado, y entrarán en este.

MARQUÉS ¿Nos esperáis aquí?

HORTEN. Esperamos á Teófilo, á vosotros no; ya podéis largaros. Anda, Manolito, que te vea tu tía la Marquesa con esas señoras.

TELES Oye, esos de Alsina, ¿son unos americanos que han venido hace poco á Madrid?

TOMI. Ya te lo contaré. Adiós.

HORTEN. Buen viaje. (Tomillares y el Marqués entran en el salón de la derecha.)

TELES Oye, ¿Teófilo se ha propuesto que nos pasemos aquí la vida como antigüedades? Acabarán por ponernos en el catálogo.

HORTEN. ¡Cuidado si eres fastidiosa! Yo me estaría aquí toda la vida entre todo esto.

TELES Es que estás chiflada de veras, créelo; un loco hace ciento, y don Espíritu, como yo le llamo, está... ¡pero que de remate! Y tú

estás enamorada de él como no lo has estado de nadie; ¡y mira que yo te he visto veces enamorada!

HORTEN. ¿Yo? ¿De Teófilo? Me divierte; me río con él, tiene mucha gracia; de los hombres que divierten no se enamora una; eso es más serio; en la feria de Sevilla se lo oí á una gitana; los amores son como los niños recién nacidos: hasta que no lloran, no se sabe si viven.

TELES Eso me parece una petenera. (Mirando.) Es guapa esa americana, la de Alsina, y se viste bien.

HORTEN. Sin estilo; elegante á fuerza de dinero.

TELES ¡Vaya! La hicimos buena con el viajecito á París. ¡Y él es una figura!... ¿A fuerza de dinero también?

HORTEN. *Pas mal; pas mal.*

TELES Tenemos que decir á Manolo y á Luis que nos lo presenten. (Entran Teófilo y Estebanillo. Vienen de la sala de ventas.) ¡Ya pareció don Líquido! (Viendo á Teófilo) ¿Qué has comprado, por fin? ¿Algo chino ó gótico?

HORTEN. No hagas caso... ¡Ah! Esteban...

ESTEB. ¡Hola, buenas mozas! ¿Conocéis á este caballero?

HORTEN. Sí, es muy amigo nuestro.

TEÓFILO Quiero comprarle aquellas miniaturas que se llevó el otro día.

HORTEN. Y te pedirá un dineral. Es imposible. ¡Vamos, Estebanillo, buen negocio estarás haciendo con esta almoneda!

ESTEB. ¡Hija de mi alma, comprometiendo lo que no tengo! ¡Bueno está el negocio de antigüedades! Lo que hay es que yo lo llevo en la sangre, y gozo más comprando que vendiendo.

TELES ¡Pobrecito! ¡Mira, cada vez que me acuerdo de la sillería de brocatel que te me llevaste por una porquería!

ESTEB. ¡Jesús! ¡Quinientas pesetas de mi alma! Por hacerte un favor, hija mía; en casa se está que no hay quien le diga nada.

TELES ¡Claro! ¡Pedirás por ella tres ó cuatro mil reales!...

TEÓFILO Doy seiscientas pesetas por las miniaturas; no hablemos más palabra. Usted pagó cuatrocientas.

ESTEB. ¡Ay, señor mío! Pero usted no sabe las cosas que yo he tenido que llevarme y no valen nada; pero entraban en lote con otras y había que pasar por todo; porque esta subasta ha sido una ladronera, créame usted...; luego ese inglesote, comisionista de una casa de Londres, se ha escogido lo mejorcito... Y antes tampoco venían á estas cosas los señores; si querían algo lo compraban en nuestras casas; pero ahora se ha puesto de moda y se llena esto de lo mejor y pujan por capricho, y sube todo un disparate, y para nosotros son todas las quiebras; créalo usted, caballero, como se lo digo.

TELES Cállate ya, que eres más gitano que los gitanos.

ESTEB. ¡Hija de mi alma, como tú no tienes un capital parado!

TELES ¿Yo capitales? ¡Ni parados ni en movimiento!... Todo lo tengo en exterior... ¡y está en baja!

ESTEB. ¡Pues bien te luce! Ya sé que habéis andado por París, y de allá no habréis venido con lo puesto, aunque allí es difícil sobresalir, pero vosotras habréis sobresalido. Ya os he visto por aquí algunas tardes y sé que habéis comprado muy buenas cosas; cuando tengáis que venderlas acordaos de mí.

TEÓFILO (Impaciente.) Conque las miniaturas, seiscientas; ya lo he dicho. Tengo que ir por casa de usted. Se ha llevado usted cosas magníficas..., ¡un retrato, sobre todo!

ESTEB. ¡Ah, sí! Del Ticiano.

TEÓFILO No, de autor desconocido; así dice el catálogo, y por eso me agrada. ¡Oh, qué retrato! Una dama italiana del Renacimiento; una patricia tristemente altiva, con la altivez desolada de las cumbres solitarias; sugestiva como la Gioconda del Leonardo ó la Nelli de Reynolds; con los

ojos glaucos, felinos, y las manos..., ¡oh, las manos!..., dignas de un soneto de Rosetti...; manos liliales... *Made to be kissed and to bless.*

TELES ¡Por menos encierran!

TEÓFILO ¡Oh, qué retrato!

ESTEB. Treinta mil pesetas he pagado por él; ¡usted lo sabe!

TELES ¡Alma mía! ¡Treinta mil pesetas por una mujer pintada!

TEÓFILO ¡Oh, ya hablaremos!

ESTEB. (Aparte á Teles.) ¿Es extranjero ese amigo vuestro?

TELES Es una chifladura de Hortensia, que ahora le ha dado por las cosas raras.

ESTEB. Parece hombre de dinero.

TELES Para ser raro en todo.

HORTEN. (A Teófilo.) Y hoy, ¿qué has comprado?

TEÓFILO Un cáliz bizantino y un tríptico flamenco; los siete pecados.

ESCENA IV

Entran VICTORIA, HIPÓLITO, MANUEL, ISABEL, LUIS TOMILLARES y MARQUÉS DE CASTROJERIZ

VICTORIA Si hoy llegamos tarde, lo siento. Mire usted, Isabel, este es el cofrecillo de que le hablé á usted anoche. ¿Le gusta á usted?

MANUEL Mi mujer sueña con estas preciosidades; pero no somos ricos como ustedes, y tenemos que contentarnos con admirarlas.

VICTORIA No, permita usted; este cofrecillo es un regalo que yo ofrezco á Isabel. Mañana se subasta y mañana estará en casa de usted.

ISABEL ¡Por Dios, Victoria!

HIPÓLITO Yo sé que Victoria tiene gusto en que sea de usted, y en su nombre y en el mío debe usted aceptarlo.

ISABEL ¿Le parece á usted que le debemos á ustedes pocas atenciones?

HIPÓLITO Nosotros á ustedes.

MARQUÉS (A Tomillares, leyendo en el catálogo.) ¡Buen re-

galo! Tres mil pesetas de tasación trae el catálogo.

TOMI. Para ellos, nada.

TEÓFILO (A Hortensia y Teles.) Esperadme un instante. Voy á saludar á los de Alsina.

TELES ¿También tú?

TEÓFILO Son encantadores. Ella es artista de corazón; una dama del Renacimiento.

TELES Pero, ¿qué diablos de damas son esas del Renacimiento?

TEÓFILO ¡Calla, graciosa bestiecilla, vándala saladísima, calla! (Va á saludar á los del otro grupo.)

TELES Mañana vienes tú sola. (Hortensia y Teles siguen hablando con Esteban.)

TEÓFILO Señoras...

HIPÓLITO ¡Querido Everit!

VICTORIA Hace mucho tiempo que no viene usted por casa. ¡No sea usted olvidadizo!

TEÓFILO He decidido pasar en Madrid una temporada, y estoy ocupado con mi instalación.

VICTORIA Entonces espero que nos indemnizará usted. Me han dicho que ha traído usted de París un teatro Guignol.

TEÓFILO ¡Ah, sí; mi juguete! Un Guignol artístico. En mi *Garçonniere* nos divertíamos en representar obras simbólicas, misterios...

VICTORIA Tiene usted que darnos una representación. ¿Puedo anunciarla?

HIPÓLITO Será muy curioso.

VICTORIA A mí me divierte mucho. En París íbamos muchas noches al Gato Negro. No hay más que hablar; quedan ustedes invitados para una representación. ¡Que no sea escabrosa, por Dios! Estamos en España.

TEÓFILO Algo simbólico.

HIPÓLITO Sí, mucho símoolo; eso puede interpretarse á gusto de cada uno.

VICTORIA ¿No entramos hoy en la subasta?

MANUEL Estará para terminarse.

VICTORIA Ya que hemos venido...

TEÓFILO Hasta muy pronto.

VICTORIA ¿Usted sale?

TEÓFILO Sí; yo no puedo estar aquí mucho tiempo; ¡me arruinaría!

VICTORIA Yo lo mismo. Todo se mè antoja.

HIPÓLITO Adiós, Everit.

MARQUÉS También nosotros nos retiramos.

VICTORIA ¿Irán ustedes por casa esta noche?

TOMI. Seguro. A los pies de ustedes.

VICTORIA ¿Vamos, Isabel? Hasta luego, señores. (Entra en la sala de ventas Victoria, Isabel, Hipólito y Manuel.)

TEÓFILO (A Hortensia y Teles.) Cuando gustéis, en marcha.

TELES Ahora esperas tú. Nos está contando Estebanillo cosas muy interesantes de los de Alsina.

ESTEB. Sí; un sobrino de mi mujer está de mozo de comedor en la casa. ¡Es un disparate lo que gastan!

TELES Manolo, Luis , venid un día á casa de Hortensia con Alsina. Daremos un té en su honor; ya verás; estaremos muy correctas; hechas una damas de esas del Renacimiento, como dice Teófilo.

HORTEN. !Ah! Vosotros no os conocéis... (Presentando.) Mi amigo Teófilo Everit; el marqués de Castrojeriz.

TELES Y Luis Tomillares. ¡Buen par de puntos! Tan chiflados como tú; pero chifladuras de acá, de la tierra.

MARQUÉS (Saludando.) Tanto gusto...

TOMI. Servidor de usted.

ESTEB. Buenas mozas... ¿mandáis algo? Voy hacia casa. Ya sabéis; cuando queráis deshaceros de algo, acordaos de mí.

HORTEN. Sí, hijo; tengo una antigüedad: mi Marqués...

MARQUÉS Conste que ese Marqués no soy yo.

HORTEN. Nadie te pregunta cómo te llamas. Adiós, Esteban. Tengo que ir por tu casa. Ahora estoy en fondos.

ESTEB. Pues, hija mía, mucho juicio. (A Teles.) Abur, señores; para servir á ustedes.

MARQUÉS Adiós, Esteban. (Sale Esteban.)

TELES Oye, ¿no decías que la de Alsina era americana?

TOMI. No; es española. Se casó en París con un americano riquísimo, que luego fué presidente de no sé qué República de esas fantásticas de América.

TEÓFILO ¡Oh, graciosísimo! Sarah Bernhardt me contó en una ocasión que trabajando ella en un teatro de no sé qué República americana, durante el primer entreacto entró el presidente á saludarla; al segundo entreacto vuelve á entrar, y era otro presidente; durante el acto había habido una revolución. ¡Cosas de América!

TOMI. Contadas por los franceses.

TELES Y aumentadas por Teófilo.

HORTEN. Bueno; pero esa señora, ¿quedó viuda de ese presidente fantástico?

TOMI. Sí, murió en una de esas revoluciones; entonces, ella emprendió un viaje por América, y en Buenos Aires conoció á su actual marido, Alsina, español también; hombre de talento...

MARQUÉS Y sin una peseta.

TOMI. Pero también había sido millonario. En su tiempo fué el rey de los negocios en Buenos Aires.

MARQUÉS ¡Bah! Los consabidos millones de América. Voy creyendo que allí sólo hay tres ó cuatro millones que pasan de mano en mano cada día. No hay allí nadie que no haya sido rico una vez, y nadie que lo sea siempre.

TELES Esta gente dicen que es riquísima.

MARQUÉS Allá veremos. Tienen asustado á Madrid. No se puede calcular lo que gastan. El desconcierta á los hombres de negocios con jugadas de Bolsa atrevidísimas; ella deslumbra con sus vestidos y sus alhajas; á su casa acude todo Madrid; sólo algunas grandes señoras se muestran retraídas; pero de hombres asiste lo mejorcito.

TOMI. Son muy amables.

MARQUÉS Buena cocina.

TEÓFILO Y nada *rastaqueres*. Hay algo de artistas en ellos.

TELES Y ¿se lleva bien el matrimonio?

MARQUÉS Están realmente enamorados uno de otro. ¿Verdad, Luis?

TOMI. Así parece. Van juntos á todas partes.

TELES ¡Pero eso es una cursilería!

MARQUÉS No, eso era antes. Ahora se lleva mucho la virtud.

TELES Eso te lo habrá dicho tu tía.

MARQUÉS No, hija, no; la verdad. Los tiempos están muy malos y la virtud es muy económica. ¡Dímelo á mí!

TELES Será para tí. Yo, menos de seis mil duros al año, no podría ser virtuosa, y suprimiendo el coche, ¡que ya es virtud!

TOMI. Concluye la subasta. Vámonos antes de que salga la gente.

HORTEN. La verdad es que hemos tomado esto como si fuera nuestra casa.

TELES Ya es de todos. Del que llega y compra.

TOMI. Comprendo la simpatía.

HORTEN. Vamos, Teófilo. (Cogiéndole del brazo.) Oye, y ¿tienen puesta la casa con gusto? ¿Verdadero gusto?

TEÓFILO Sí, hay algo; algo de instinto artístico.

HORTEN. Me gustaría verla.

TELES ¡Oh, pues ya la veremos! ¿Verdad?

HORTEN. No sé cómo.

TELES ¡Anda, como hemos visto esta y otras de más tono! El día de la almoneda...

MARQUÉS Teles, tienes razón.

TOMI. ¡Es gran filósofa!

TELES ¡La filosofía de mis veinte almonedas y de mis treinta y dos embargos!

(Salen riendo en el momento en que aparecen por la puerta de la sala de ventas hablando muy animados Victoria, Isabel, Hipólito, Manuel, señoras y caballeros.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Una sala con puerta grande de arco á la derecha (*espectador*); otra puerta de dos hojas á la izquierda. El fondo de cristales con puerta grande, á la que se sube por dos ó tres escalones y que da paso á la *serre*. Esta puerta estará cerrada hasta que se indique. La escena puesta con lujo. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

EL MARQUÉS DE CASTROJERIZ y DON FERMÍN ANTÓN; después TOMILLARES.

MARQUÉS ¡Señor don Fermín Antón!

D. FERMÍN ¡Señor marqués de Castrojeriz!

MARQUÉS Está visto que aquí no hay más que dos grandes hombres: usted y yo.

D. FERMÍN ¡Hombre, no tanto! ¿Por qué lo dice usted?

MARQUÉS Porque somos los únicos capaces de confesar que nos aburre ese espectáculo tan nuevo, tan original, tan refinado...

D. FERMÍN Diga usted que medio mundo está loco. ¡Vaya con la novedad! Y ¿eso es lo que llaman modernismo? ¡Unos polichinelas de cartón! Yo creo que Victoria ha querido divertirse con ese tipo... y con nosotros... Yo, por si acaso, he dicho: á mí no me la dan; y aquí me vine á fumar á mis anchas y á leer los periódicos.

MARQUÉS Y yo, que le considero á usted como el prototipo de la discreción, de la sabiduría, de..., le ví á usted salir, y me dije: aquí estamos de más los hombres prácticos.

D. FERMÍN ¡Buen guasón está usted!

MARQUÉS No lo crea usted, mi querido y venerado don Fermín. Desde que tuve la fortuna de

arruinarme, es usted una de mis mayores afirmaciones.

D. FERMÍN ¿Conque la fortuna?

MARQUÉS Sí, señor. La riqueza es cosa excelente en manos de usted..., pero en las mías... A usted el dinero le produce. Cuando salen mil pesetas de sus manos de usted, han dejado antes dilatada sucesión en el bolsillo. A mí el dinero sólo me servía para pagar.

D. FERMÍN Y en vista de eso, ¿ha suspendido usted los pagos, como la casa de Cerinola?

MARQUÉS Sí, señor; después de haber enriquecido á mis acreedores, como la dicha casa. Por eso no nos perdonan... Porque los acreedores prefieren mejor que no se les pague en absoluto á que se les suspenda los pagos, cuando el negocio va más brillante para ellos.

D. FERMÍN Los acreedores de la casa de Cerinola cobrarán ahora un pico. La subasta debe haber producido un dineral.

MARQUÉS Me han dicho que ha dado usted pruebas de su buen gusto artístico comprando una porción de preciosidades.

D. FERMÍN Sí, he comprado buenas cosas. Mucha plata. Un grupo muy grande de figuras, que tendrá sus treinta libras de plata... Está muy abollado. Es una cacería, ¿sabe usted?, con sus ciervos y sus perros... Lo mandaré fundir y me harán un juego de tazas de café.

MARQUÉS Muy bien pensado.

D. FERMÍN Tres docenas de tazas. Así no se rompen. No sabe usted el sin fin de tazas que se rompe siempre que da uno comidas. En casa tenemos tres juegos de esos de la China; otro que me costó tres mil francos en Sèvres..., en el mismo Sèvres..., y luego otro para diario que compré en la Cartuja..., en la misma Cartuja. ¡Todos están descabalados!

MARQUÉS Y unos tapices que me han dicho que ha comprado usted... Unos tapicees... de... ¿de dónde son?

D. FERMÍN ¡Le veo á usted venir! Eso es porque el otro día en el Casino dije, por equivocación, tapices de los Girondinos..., y han hecho allí broma de esto, como si uno no supiera... Yo no me las doy de literato ni de sabio; pero para saber que los tapices son de los Gibelinos... ¡Eso es como lo del cigarro de á diez reales, que también me lo cuelgan á mí!

MARQUÉS ¡La leyenda de los grandes hombres! (Entra Tomillares.)

TOMI. ¡Don Fermín, don Fermín! Venga usted corriendo.

D. FERMÍN ¡Usted me faltaba! No; si piensan ustedes divertirse á costa mía, decadentismo por decadentismo, prefiero los polichinelas.

TOMI. Si es que yo quiero que me explique usted el símbolo del poema... Porque, francamente, si usted, que es un puro símbolo, no lo entiende...

D. FERMÍN Oiga usted, eso de símbolo...

TOMI. Figúrese usted que aparecen Edipo y la Esfinge, y las Vírgenes locas, y Sardanápalo...

D. FERMÍN Los locos son ustedes en escuchar tanto desatino. Victoria es una niña caprichosa y se divierte con esas rarezas. Pero ya veremos cómo acaban las niñerías y los caprichos... Eso de tomar la vida como una diversión...

MARQUÉS Dicen que Alsina ha perdido en Bolsa.

D. FERMÍN ¡Uf! Es natural; no hace más que disparates. ¡Se empeña en sostener un alza artificial, contra el sentido común!...

TOMI. Que son ustedes los bajistas. ¡Cuando digo que es usted un puro símbolo!...

D. FERMÍN Ríanse ustedes..., pero á ese paso no hay capital que se resista. Y torres más altas...

TOMI. ¿No lo sabe usted en verso?

Las torres que desprecio al aire fueron,
á su gran pesadumbre se rindieron.

D. FERMÍN Usted lo toma á broma, como todo; yo no, porque Alsina es muy simpático

muy caballero, y Victoria es encantadora.

MARQUÉS ¡Oh, sí! ¡Una mujer encantadora!

TOMI. Veo que la ruína no es tan inminente.

D. FERMÍN ¿Por qué?

TOMI. Porque todavía hablamos bien de esos señores.

D. FERMÍN Y hablaremos siempre. Si se arruinan, no es cuenta nuestra.

TOMI. Pero será culpa suya, y la pagarán cara. ¡He visto tantos casos! La sociedad humana es demócrata por naturaleza; tiende á la igualdad de continuo, y sólo á duras penas tolera que nadie sobresalga de la común medianía; para conseguirlo es preciso una fuerza: poder, talento, hermosura, riqueza; alrededor de ella, atemorizados más que respetuosos, se revuelven los hombres como fieras mal domadas; pero al fin, el domador cuida de alimentarlas bien, y el poder ofrece destinos, la riqueza convites, el talento sus obras, y las fieras parecen amansadas; hasta que un día falta la fuerza, decae el talento, envejece la hermosura, se derrumba el poder, desaparece el dinero..., y aquel día, ¡oh!, ¡ya se sabe, la comida más sabrosa de las fieras es el domador!

D. FERMÍN Este hombre en el Congreso...

TOMI. No, don Fermín; en el Senado.

D. FERMÍN ¿Qué diferencia...?

TOMI. Porque en el Congreso se vuelven tontos los hombres de talento, y en el Senado ya entran vueltos; ¡y yo quisiera haber sido tonto toda mi vida!

D. FERMÍN ¿Tonto? No. Pero, ¿loco? De remate. ¡Talento peor empleado!... ¡Por supuesto, madrileño neto!

TOMI. ¡Usted lo ha dicho! Los madrileños no podemos aspirar á ser más que *maitres d'hotel*, intérpretes ó *cicerones* en esta inmensa fonda que es Madrid, donde se alberga, vive y campa gente de todas partes... Y yo creo desempeñar á maravilla mi papel; soy algo así como el comercian-

te entre el productor y el consumidor; facilito las relaciones sociales..., soy el periódico hablado... En un día recorro todo Madrid y llevo las noticias de política al teatro, las de teatros á Bolsa, las de toros á la salida del Consejo y las del Consejo á los toros... Me esperan entre bastidores para saber si hay crisis, y me aguardan en el Ministerio de la Gobernación para saber si gustó el estreno. Las señoras me piden noticias de... las otras, y las otras de las señoras..., y entro en todas partes como el periódico... La voz de Madrid... ¿eh? No es mal título, porque eso soy y eso seré hasta que me muera: madrileño legítimo. Me parece que no he cantado mal mi *couplet*.

D. FERMÍN — Pues la noticia del día no la sabe usted.

TOMI. — ¿Que un general canta misa?

D. FERMÍN — Eso es muy antiguo y carece de fundamento. Es noticia financiera.

TOMI. — No; no he oído nada.

D. FERMÍN — Me alegro, porque tengo interés en que no corra.

TOMI. — ¡Oh! Yo daré con ella... antes... (Mirando el reloj) antes de las doce.

ESCENA II

DICHOS: D.ª CONCHA y FERNANDO

D.ª CON. — Esa función de muñecos no se acaba nunca.

FERNANDO — ¡Pero, mamá!

D. FERMÍN — ¿Qué te ocurre, mujer?

D.ª CON. — Que me muero de sed. Anda, Fernando, hijo, pide un refresco. (Fernando sale y á poco vuelve seguido de un criado que trae una bandeja de helados.) Pero, ¿ustedes han visto cosa parecida? ¡Qué ocurrencias tiene Victoria! ¡Tratarnos como á chiquillos!

MARQUÉS — ¿Tampoco usted ha comprendido el símbolo?

D.ª CON. — ¡Eso es tomar el pelo á la gente!

D. FERMÍN ¡Mujer!...

FERNANDO Has hecho mal en salir, mamá. ¡Victoria lo habrá notado!

D.ª CON. No se han *apercibido,* y si se *aperciben,* no me importa. Es mucha guasa... Yo digo lo que siento. Comprendo que traiga uno á su casa músicos, cantantes, hasta cómicos...; pero estos títeres...

FERNANDO Es la moda, mamá.

TOMI. ¿Y qué opina de esto el novel diputado?

MARQUÉS ¡Ah! ¿Conque su hijo de usted es diputado?

D. FERMÍN ¡Ya lo creo! ¿Usted no le conocía? Ven aquí, Fernando. El marqués de Castrojeriz.

FERNANDO Tanto gusto...

MARQUÉS Conque, ¿diputado de la mayoría?

FERNANDO No, señor; de la minoría.

TOMI. De la minoría... de edad. A propósito para legislaturas sietemesinas como la presente.

FERNANDO Usted siempre satírico.

TOMI. No; admiro en usted á la nueva generación..., juventud seria, práctica... Ustedes son los que nos han de salvar... Nosotros hemos sido una generación de soñadores. ¡Así nos ha lucido! A la edad de usted era yo demagogo furioso..., y usted... usted será conservador... y congregante...

D. FERMÍN No desmoralice usted...

D.ª CON. Fermín, prueba este helado; ¡está riquísimo!

D. FERMÍN Tomaré otro.

D.ª CON. ¡No, de eso no; de lo blanco, que está muy rico!

FERNANDO ¿Ustedes conocen á ese poeta del Guignol? Es un buen tipo; un verdadero degenerado; entra de lleno en la clasificación de Max Nordau...

TOMI. Sí, en efecto. (Al Marqués.) Este niño es un sabio... Se ve que es el primero que ha estudiado en la familia; como el padre, el primero que ha tenido dinero.

D. FERMÍN ¿Y tu hermana?

FERNANDO Está con Anita viendo la comedia.

TOMI. Y usted aquí...

FERNANDO Por acompañar á mamá.

TOMI. Su mamá de usted no está ya sola. Vuelva usted adonde el corazón le reclama.

D.ª CON. No, espera...

D. FERMÍN Sí, no vayas.

FERNANDO ¿Qué ocurre?

D.ª CON. Tu padre tiene que hablarte.

FERNANDO ¿Sucede algo?

D.ª CON. Ya lo sabrás. Dentro de un rato nos iremos; diré que no me encuentro bien, y tú nos acompañas á casa.

FERNANDO ¡Ah! Esta noche estaba Anita muy preocupada. ¿Es que...?

D. FERMÍN Es que... no es el momento de explicarte... Además, hasta mañana no sabremos nada fijo... Su padre ha perdido un dineral este mes.

FERNANDO Habrá perdido por cuenta de Alsina. Es su único agente en Madrid.

D. FERMÍN No, ha jugado por su cuenta.

FERNANDO No lo creo. Serán combinaciones de Alsina.

D. FERMÍN Eso hay que averiguar. Si mañana liquida es que Alsina paga; si no, le será imposible pagar.

D.ª CON. Mire usted, Marqués: esta gente gasta sin tino; y créame usted, en este pie, no puede sostenerse nadie mucho tiempo. Mire usted que yo sé lo que es dar bailes y dar comidas, y todo cuesta un sentido. Aquí todo se hace en grande; ya ve usted, esta noche, para una reunión de confianza, una cena servida en mesitas, que supone una barbaridad; porque sirva usted á cada uno de lo que pida, y empiece usted de cada cosa para cada mesa. ¡Luego, como ellos no conocen á la gente de Madrid, reciben á todo el mundo, y es esto un *pêlé mêlé!*...

MARQUÉS Sí, en efecto.

TOMI. Eso me recuerda una anécdota del príncipe de Gales. El célebre sastre Pool, que vestía al príncipe, rabiaba por asistir á un baile de Palacio. El príncipe, bonda-

doso como siempre, le invitó por fin á uno de ellos, y cuando la fiesta se hallaba en todo su apogeo, se acercó cariñosamente al príncipe de la tijera y le preguntó: «¿Qué te parece el baile?...» «¡Pchss!... No está mal, pero hay gente de todas clases...» «Pero querido Pool—repuso el príncipe,—¿querías que todos fueran sastres?...»

D.ª CON. ¡Sabe Dios con qué intención habrá usted contado el chascarrillo, porque usted todo lo dice con segunda!... (Se oye gritar dentro. Doña Concha se levanta asustada. Todos se dirigen á la puerta de la derecha.)

TODOS ¿Qué es eso? ¡Qué gritos! ¿Qué ocurre?

ESCENA III

DICHOS: ISABEL, ANITA y ELVIRA

ISABEL No se asusten ustedes. ¡Si no es nada! ¡Pero nos hemos llevado un susto!

ANITA ¡Un susto horrible!

D. FERMÍN Pero, ¿qué ha sido?

ELVIRA Nada. ¡Que ese loco ha quemado el teatro!

D.ª CON. ¡Jesús, qué atrocidad!

ISABEL Ha sido cosa de un momento.

ANITA Empezaron á arder todos los papeles y trapos.

ELVIRA Gracias á que han acudido pronto.

D.ª CON. ¡Ay! ¡Me alegro de no haber estado! No hay cosa que me horrorice como un fuego.

MARQUÉS ¿Se han asustado ustedes mucho?

TOMI. Voy á enterarme.

ESCENA IV

DICHOS: VICTORIA, HIPÓLITO y TEÓFILO

VICTORIA (Riendo.) Pero, ¡por Dios, si no vale la pena! ¡Lo peor es el mal rato que usted ha pasado! ¡A mí, ahora, me hace muchísima gracia!

HIPÓLITO (A Teófilo.) ¡No se apure usted! Señores, no ha sido nada.

TEÓFILO Yo deploro...

VICTORIA La verdad es que si no tenemos agua cerca.. ¡Se ha hecho un boquete en la alfombra!...

D.ª CON. (A Isabel.) Vea usted, ¡una alfombra riquísima! ¡Vamos, si en mi casa sucede otro tanto!...

D. FERMÍN Pues alfombra perdida. En casa, cuando recibimos gente, ponemos unos lienzos pintados...

VICTORIA ¡La lástima es que no hemos visto concluir la comedia! ¡Qué linda!

D.ª CON. ¡Ay, qué alma de mujer!

VICTORIA Hay que repetirla otro día.

D. FERMÍN ¡Aún no tiene bastante!

HIPÓLITO No se apure usted, querido Everit.

TEÓFILO ¡Estoy desolado!

TOMI. Ha sido una nota modernista. ¡Otro símbolo!

TEÓFILO ¡Oh, sí! ¡En medio de todo era delicioso! El teatrillo entre llamas y dos jóvenes lindísimas volcando un tibor lleno de rosas sobre el fuego... y el agua y las flores cayendo sobre las llamas... ¡Un verdadero cuadro prerrafaélico!

D.ª CON. ¡Qué desahogo!

VICTORIA Anita es la que se ha puesto mala.

ISABEL ¿Qué tienes, hija?

ANITA Nada; el susto...

FERNANDO ¿Quiere usted algo?

ISABEL Es que la pobre está muy disgustada.

VICTORIA Ya lo he notado. Ahora hablaremos ella y yo... (Muy afectuosa.) Ya sabe, Anita, cuánto la quiero.

ANITA Gracias, Victoria.

D.ª CON. (Aparte á don Fermín.) Debe ser verdad. Isabel y Anita están muy afectadas.

ISABEL Don Fermín, mi marido quería hablar con usted; está en el despacho de Hipólito.

D. FERMÍN Voy... (Sale.)

HIPÓLITO Vamos, Victoria; no dejemos á la gente.

VICTORIA Voy en seguida. En cuanto Anita esté mejor.

HIPÓLITO Vamos, señores.

D.ª CON. ¿De modo que hemos podido arder vivos?

HIPÓLITO Una muerte poética. Digna de Sardanápalo. ¿No es verdad, querido Everit?

TEÓFILO ¡No me hable usted! ¡Estoy desolado! (Salen.)

D.ª CON. (Al marqués.) Crea usted que á este paso esta gente se queda sin nada. ¡Una alfombra riquísima echada á perder! ¡Vamos, si sucede en mi casa, ese tipo me la paga!

MARQUÉS ¡Lo creo, señora! (Salen doña Concha, el Marqués y Tomillares.)

ESCENA V

VICTORIA, ISABEL, ANITA, ELVIRA y FERNANDO

VICTORIA (A Anita.) ¿Se pasó ya? ¿Quieres tomar algo?

ISABEL Está muy nerviosa. No es para menos, Victoria.

VICTORIA ¿Los amores?

ISABEL ¡No, es algo más serio!

ELVIRA (A Fernando.) ¿Por qué saliste del salón antes de que acabara la comedia?

FERNANDO Mira, chiquilla, no tengo que darte cuenta de mis acciones; salí porque me llamó mamá, y no me acerco...

ELVIRA ¡Sí, porque los hombres sois muy graciosos!...

VICTORIA No nos dejan; no podremos hablar, Elvira.

ELVIRA ¿Qué quiere usted?

VICTORIA Llévate á tu hermano. Anita quiere hablarme.

ELVIRA No, si está deseando marcharse... ¡Pobre Anita! ¿Cómo estás?

FERNANDO Mamá también se hallaba algo indispuesta; quería retirarse, y como papá irá al Casino, tendré que acompañarla. Perdona, si...

ANITA Estás perdonado. Vete.

ELVIRA (A Victoria.) ¿Lo ve usted? Aunque sea mi hermano, como hombre le detesto.

FERNANDO Vamos, Elvira.

ELVIRA Toma. (Dándole un pellizco.)

FERNANDO ¡Ay! ¿Estás loca?

ELVIRA En nombre de Anita, y como mujer. (Salen Elvira y Fernando.)

ESCENA VI

VICTORIA, ISABEL y ANITA

VICTORIA Me tienen ustedes intranquila. ¿Por qué están ustedes así? ¿Qué sucede? Ya veo que es algo más grave que tonterías de novios.

ISABEL ¡Ay, Victoria! No debíamos haber venido. Usted no sabe qué día hemos pasado esta criatura y yo; pero Manuel se empeñó en traernos... «Es preciso que vayáis..., que nadie sospeche...»

VICTORIA ¿Que nadie sospeche? ¿Qué?

ISABEL ¡La ruína de mi casa, Victoria, y acaso una desgracia más horrible!...

ANITA ¡Papá ha dicho que se mataría!... ¡Ay, Victoria de mi alma!... ¡Usted, que es tan buena, no puede consentirlo!

VICTORIA ¡Por Dios, por Dios; me vuelven ustedes loca! ¡Matarse su esposo de usted! ¿Por qué? ¡Los hombres todo lo arreglan con matarse! ¡Matarse unos á otros... ó suicidarse!... ¡Grandes remedios!.. ¿Pero, en fin, Manuel...?

ISABEL Ha cometido una imprudencia, una locura; ha jugado en Bolsa por su cuenta, y mañana...

VICTORIA Pero, ¿es posible? ¡Y está aquí tan tranquilo!

ISABEL ¡Esa calma me asusta!

ANITA Hable usted con él, Victoria; mi padre la quiere á usted tanto...

ISABEL Su pesadumbre mayor es por ustedes; por ustedes, á quien se lo debemos todo.

VICTORIA ¿Y mi marido no sabe...?

ISABEL No se atreve á decírselo.

VICTORIA Es preciso que Hipólito sepa... Yo sola no puedo resolver nada... ¡Es decir, he re-

suelto que no puede ser esa desdicha!... ¡Yo no entiendo de estos asuntos!... Yo no sé si basta el corazón para resolverlos... ¡Pero en el mío está resuelto! No lloren ustedes.

ANITA ¡Ay, Victoria del alma!

VICTORIA Déjenme ustedes hablar con Hipólito. Confíen ustedes en mí.

ISABEL Lo esperaba. ¡Es usted un ángel!

VICTORIA No; la vida es tan miserable, que todo son facilidades para hacer el mal y obstáculos para hacer el bien... Viene gente; tranquilícense ustedes.

ISABEL ¡Victoria!

ESCENA VII

DICHAS: HIPÓLITO, TOMILLARES y MANUEL

TOMI. No sabe usted el empeño que tiene por conocerle á usted.

HIPÓLITO Tráigale usted cuando quiera. Victoria, un amigo de Tomillares, escritor distinguido, piensa publicar un estudio sobre las Repúblicas americanas; sabe que tú posees una colección de memorias y de cartas curiosas que desearía conocer, y desde luego las he puesto á su disposición.

VICTORIA Con mucho gusto; para mí ya no tienen importancia; al contrario, quisiera olvidarme de todo aquello como de un mal sueño.

MANUEL ¿Has hablado con Victoria?

ISABEL ¿Y tú con Hipólito?

MANUEL Sí. ¿Hay esperanza?

ISABEL Victoria es muy buena.

MANUEL Estaba en el deber de salvarnos. ¿Has visto que Fernando huye de nuestra hija? Don Fermín estaba enterado de todo. Por fortuna, sabré parar el golpe. Hipólito necesita dinero con urgencia, y don Fermín...

ISABEL ¿Hipólito pide dinero?

MANUEL ¿Qué tiene de particular? Vuelve al salón

con Anita; allí está Fernando con su madre. A esa gente hay que darle la cara siempre.

ANITA ¿Qué te dice papá? ¿Está más tranquilo? ¿Ves qué buena es Victoria? ¡Bien decía papá que debíamos decírselo todo!

ISABEL Sí, hija mía; tiene un gran corazón. Con la vida no la pagaremos... Victoria, dejo á usted con su esposo. Manuel ya le ha dicho... Vamos, Anita. (Salen Isabel y Anita.)

MANUEL (A Tomillares.) ¿Cuántas barbaridades ha hecho usted decir á don Fermín Antón? Tiene usted la habilidad de sacarle de sus casillas.

TOMI. No; esta noche me he dedicado á su señora, á doña Concha; ¡está deliciosa! La ha tomado con el poeta y nos ha estado contando sus viajes por el extranjero. Hay que oirle referir sus impresiones de Bayreuth.

MANUEL Voy con usted.

TOMI. ¿De modo que puedo ofrecer esos documentos en nombre de ustedes?

VICTORIA Con mucho gusto.

TOMI. Verá usted. Ahora nos describirá el Museo del Vaticano. Para ella, el mérito de las estatuas está en que sean de una pieza, y el de los cuadros en que se salgan las figuras. (Salen Tomillares y Manuel.)

ESCENA VIII

VICTORIA é HIPÓLITO

VICTORIA ¿Te ha dicho Manuel...?

HIPÓLITO Sí, Victoria. ¿Tú también lo sabes?

VICTORIA Isabel y Anita me lo han dicho todo. ¿Qué piensas hacer?

HIPÓLITO ¿Sabes á cuánto asciende el descubierto de Manuel?

VICTORIA No sé nada; no lo he preguntado tampoco.

HIPÓLITO Ha sido una imprudencia. Todo el mundo

sabe que es mi agente; si se declara en quiebra, pensarán...

VICTORIA ¿Tú crees que Manuel es un hombre honrado? Siempre dijiste que lo era. Por eso le dispensaste tu protección. ¿Tienes motivos para dudar de él ahora? Yo no entiendo de vuestros asuntos; pero si sólo ha pecado de imprudente ó de ambicioso...

HIPÓLITO Si no necesitas hablarme en su favor. Si yo quiero salvarle, no sólo por amistad, sino por interés; porque mi crédito padecería...

VICTORIA ¡Ah! ¿No se trata sólo de él, se trata de tí? ¿Y dudas todavía? ¿Por qué dudas?

HIPÓLITO Porque desgraciadamente me persigue la mala estrella en los negocios; porque, á pesar mío, he comprometido más de lo que debiera un capital... que no es mío.

VICTORIA ¡Hipólito! ¿Que no es tuyo? ¿Entonces, de quien dudas es de mí?

HIPÓLITO No, Victoria..., pero yo no debo...

VICTORIA ¿Deberes? ¿Deberes conmigo? Deja esa palabra. Eso quiere decir obligación penosa; algo que se cumple por eso, por deber. Yo no llamo deber á nada de lo que hago por tí...; lo llamo... ¡qué sé yo! Algo alegre, fácil, gustoso... Yo daría la vida por tí, y no diría que cumplía un deber; diría... ¡que completaba mi felicidad!

HIPÓLITO ¡Sí, perdóname! ¡No sé cómo puedo dudar de tí!

VICTORIA Porque pocas veces te hablo de mi cariño. Porque creí que de tal modo lo veías, que no necesitaba explicártelo con palabras..., no; nunca te he dicho cómo te quería; nunca te he dicho que tu mujer, que se unió á tí, bien lo sabes, por reflexión más que por arrebato de enamorada, ha sentido día por día nacer un amor inmenso hacia tí; un amor que es toda mi vida, un amor... ¿cómo te lo diría?..., un amor que, ya que Dios no ha querido concedernos hijos, es algo como un hijo de mi alma nacido de tí; y en delirio

maternal le acaricio y le llevo dentro del corazón, y por él hago locuras de madre..., sí; tú no lo sabes..., pero yo, á mis solas, pienso en tí, y entre llanto y risa digo por tu cariño mil divinas tonterías, de esas que dicen las madres cuando alzan en brazos á sus hijos. Y así tu cariño salta en mi corazón con alegría inmensa mientras yo grito... grito, sí... ¡Qué feliz soy! ¡Cuánto le quiero! ¡Cuánto! ¡Esposo de mi alma! ¡Esposo mío!

HIPÓLITO ¿Qué hice yo para merecer tanto cariño?

VICTORIA ¡Oh! Si lo merecieras no tendría mérito. Pero sí lo mereces... porque cuando pienses seguir un impulso de tu corazón, no volverás á dudar de mí. ¿Cuándo he vacilado yo en hacer bien? Sabes que muchas veces me has reprendido.

HIPÓLITO ¡Sí, Victoria mía!, porque tu bondad es inmensa, y padeces cuando no puedes remediar una desventura. Yo sé que muchas noches, cuando al volver en coche del teatro ó de una fiesta veías al pasar pobres niños acurrucados en las puertas, al entrar en casa, la lumbre, el abrigo y todas nuestras comodidades te pesaban como un remordimiento.

VICTORIA Es que yo creo que si Dios permite tanta miseria, es para que nosotros los ricos podamos ser ejecutores de su bondad infinita... Sí, tú lo dices; como un remordimiento me pesaba nuestro lujo... ¡Y hubiera querido dar calor á aquellos pobres niños, no sólo con lumbre y con abrigo..., ¡con besos!

HIPÓLITO ¡Bastante bien has hecho en este mundo!

VICTORIA Y tampoco lo llamo deber, porque es la mayor alegría de mi vida. ¡Ahora es cuando me parece alegre nuestra fiesta! ¡Ahora que has decidido salvar á tu amigo de la miseria, que puedo devolver la tranquilidad á dos pobres mujeres!... ¡Corre!..., dile á Manuel que esta noche mismo...

HIPÓLITO Le diré ¡que se arrodille ante tí, como yo me arrodillo!

VICTORIA (Impidiéndole arrodillarse.) ¡Tonto!... ¡Un abrazo, sí!

HIPÓLITO ¡Victoria mía!

ESCENA IX

DICHOS, TOMILLARES, MARQUÉS y TEÓFILO

MARQUÉS ¡Bravo!...

VICTORIA ¡Ja, ja, ja! ¿Qué dirán ustedes?

TOMI. Digo que he visto muchas cosas por esos salones de Madrid..., pero dos esposos abrazándose..., porque lo corriente es que abracen, sí, pero cada uno por su lado.

HIPÓLITO Esto no se presta á la murmuración; no vale la pena de contarlo.

TOMI. No, no lo creerían... ¿Qué le parece á usted, Everit; esto es simbolista ó decadente?

TEÓFILO ¡No me hable usted! ¡Estoy aplanado! ¡Un jovencito me ha estado hablando dos horas de Fisiología!

MARQUÉS ¡Ah, el diputadito! (Dos criados abren la puerta de la *serre* y se ve ésta iluminada, con mesitas dispuestas para cenar.)

VICTORIA Señores, pasemos á la *serre*. ¿Tienen ustedes compañeras de mesa?

TOMI. ¡Ah, servicio por *petites tables!* ¿Quiere usted acompañarme, querido Everit? Buscaremos dos caras bonitas que nos alegren la mesa. (Señoras y caballeros se sientan á las mesas. Criados cruzan con servicio de cena.)

VICTORIA Yo les enviaré á ustedes dos muchachas lindísimas. Acompáñeme usted, Marqués. Hipólito, no tardes en avisar á Manuel. No prolongues su inquietud un instante. (Sale del brazo del Marqués.)

HIPÓLITO ¿Dónde quedaba don Fermín Antón?

TOMI. Jugando al tresillo; por cierto que estaba como en sus mejores tiempos, pero con ventaja.

HIPÓLITO ¿Por qué?

TOMI. Porque daba codillo... y en sus tiempos lo vendía...

HIPÓLITO ¡Es usted implacable con la gente de dinero!

TOMI. Aquí le tiene usted. Habrá ganado unas cuantas pesetillas. ¡Este hombre no pierde ripio!

ESCENA X

DICHOS, D. FERMÍN ANTON y MANUEL

D. FERMÍN ¡Toda la pillería junta!

TEÓFILO ¿Qué dice ese burgués?

TOMI. No hagan ustedes caso.

HIPÓLITO (A Manuel.) ¿Ha hablado usted con don Fermín?

MANUEL Mañana tendrá usted el dinero; las condiciones son aceptables.

HIPÓLITO Nos veremos temprano. Después á Bolsa. Es preciso lanzarse á una jugada decisiva.

MANUEL Nos desquitaremos.

HIPÓLITO Siempre al alza... Veremos quién puede más. Señores...

TOMI. A la mesa.

VICTORIA (Desde la puerta de la *serre.*) Hacen ustedes esperar á mis invitados.

D. FERMÍN (A Tomillares.) La comida de las fieras..., como usted dice.

TOMI. Y que, no sé por qué, me parece que el domador ha llevado alguna dentellada. ¡Usted ha puesto ya un pie en esta casa!

D. FERMÍN ¡Usted es el diablo! ¡Todo lo sabe!

TOMI. ¡Práctica! Pues nada, don Fermín; cuando usted sea dueño de la casa, no nos suprima usted las comidas.

(Risas y voces en la *serre.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala. Puerta al foro y dos puertas á la izquierda (*espectador*). Balcón á la derecha. Muebles extendidos y en desorden; cuadros y espejos descolgados.

ESCENA PRIMERA

FILOMENA, JUANA, SOTERO y PACO

(Sentados. Sotero con un periódico. Filomena haciendo crochet Juana y Paco jugando á las cartas.)

FILOMENA — Pero, ¿Andrés no vuelve?

SOTERO — Ya, ya tarda.

JUANA — Pero, en resumidas cuentas, ¿quién le ha mandado llamar?

PACO — ¿No te has enterado? Pareces tonta. Don Manuel, por encargo de los señores que han llegado ayer á Madrid y están en una fonda..., porque por lo visto no quieren parecer por aquí.

FILOMENA — ¡No quieren! ¡No podrán! Como la casa ya no es suya... Pero bueno, al asunto: ¿nos pagan ó no nos pagan? ¿Nos despiden ó no nos despiden?

SOTERO — Por despedidos podemos darnos; ahora, por pagados...

FILOMENA — ¡Tendría que ver! Todo el verano que llevamos aquí sin cobrar, comiendo de mala manera, y sin saber qué partido ha de tomar uno. Que vuelven los señores, que no vuelven, que esperen ustedes unos días, que busquen ustedes acomodo...

JUANA — Sí, quéjate tú, que al fin y al cabo sales

de aquí para casarte muy ricamente, y te quitas de andar de la ceca á la meca, comiendo el pan de casa ajena, que es bien amargo... Y aquí, menos mal, era buena gente; pero échese usted á correr casas, que si una es mala, otra es peor. ¡Y no acabará una nunca, por las trazas, hasta que se muera en un santo hospital!

PACO — Busca un novio, como Filomena; no se habrán acabado.

JUANA — ¡Buena suerte tengo yo para novios ni para nada! Yo no sé cómo se las arreglan algunas.

FILOMENA — Teniendo juicio y conducta, hija. ¿Tú crees que se casarían conmigo si yo no hubiera tenido mucha formalidad? Ya ves; sus padres bien le hacían la contra, porque yo les parecía muy poco para su hijo. ¡Claro está, como es hijo único, y está al frente del negocio del padre..., una de las mejores funerarias de Madrid, y adornista de iglesias!

JUANA — Ya lo sé.

SOTERO — ¡Mira que es un oficio triste!

FILOMENA — Triste ó no triste, deja para vivir. Yo sé que al principio pasaré mis miedos; pero todo es acostumbrarse.

JUANA — ¡Pues á mí no me digas; eso es suerte y nada más!

FILOMENA — No todo es suerte. Es que muchas mujeres..., no lo digo por tí, les sale un novio, y en seguida venga el paseo, y venga la merendona, y dejar á los hombres que se propasen...; y ellos, ¡qué más quieren!... Si ven que es lo mismo casarse que no casarse..., ¡pues no se casan!

PACO — Eso es mucha verdad.

SOTERO — Esta Filomena sabe, sabe.

FILOMENA — Tal maestra tuve. La primer casa que yo serví en Madrid era de una señora sola muy guapota, y que me tomó mucho cariño. La visitaba un señor casado, y allí no entraba nadie más, y me lo decía ella siempre: teniendo juicio vive una tan á gusto. Todos los meses llevaba dinero al

Banco, y se compraba alguna alhaja. Después aquel señor se fué y vino otro..., pero solo también, ella fué formal siempre. Y hoy la tienes casada con un señor de edad, muy rico, y estoy segura que nadie podrá decir de ella la menor cosa.

SOTERO ¿En cuántas casas ha servido usted en Madrid, Filomena?

FILOMENA No ha llegado á cinco, y de todas he salido muy bien mirada. Y aquí ya veis, si me quería la señorita.

JUANA Pues yo, aquí es donde más he parado: ¡he tenido una sombra, he ido siempre á caer con las señoras más perras de Madrid! También serví á una señora sola como la tuya; pero aquélla, cuatro ó cinco traía al retortero... ¡Qué belén! ¡Estaba yo para todo, y me volvía loca! Figúrate que para una visita había que encender chimenea de leña; y llegaba otro, y había que encender el *chubesky;* y venía por fin un señor mayor que no quería más lumbre que el brasero: ¡y yo sola para todo este trajín!

SOTERO ¡Las hay muy locas! La verdad es que casa como ésta... Aquí hacía uno lo que quería... Yo fuí ayer á pretender á casa de los marqueses de Casa-Ibáñez; veremos si me arreglo.

JUANA Acuérdate de mí, hombre, tú que conoces tanta gente.

PACO Yo me iré de mozo de caballos con Ramón, el de casa del Duque. Tiene uno más libertad que sirviendo.

SOTERO Calla; Andrés está de vuelta.

JUANA ¡Si sabremos por fin algo seguro!...

ESCENA II

DICHOS y ANDRÉS

FILOMENA ¿Qué hay?

SOTERO Cuenta.

ANDRÉS Pues hay que he hablado con don Ma-

nuel; que dentro de un rato vendrá aquí á pagarnos.

FILOMENA ¡Gracias á Dios!

ANDRÉS Que ha visto también á los señoritos; que también vendrán.

JUANA ¡Los señoritos!

ANDRÉS Sí; por eso me ha dicho don Manuel que esperemos aquí, para que no se encuentren la casa sola.

FILOMENA Pero, ¿vuelven aquí?

ANDRÉS No; he visto á Raimundo, el criado de don Manuel, y me ha contado la mar de cosas.

FILOMENA ¡Cuenta, cuenta!

ANDRÉS Los señores vienen ahora de París, y se vuelven á marchar esta noche. Están sin una peseta. Lo que decían todos.

FILOMENA ¡Válgame Dios!

ANDRÉS Los acreedores se han echado encima de todo. Con esta casa se queda don Fermín Antón, aquel señor que comía aquí todos los sábados. Vendrá á vivir aquí con su hijo, que se casa con la hija de don Manuel.

FILOMENA ¡Buena boda!

JUANA Y ¿á qué vuelven aquí los señoritos?

ANDRÉS A recoger papeles y recuerdos de familia; ¡como se fueron de Madrid tan precipitados!... Y los muebles han de venderse también.

FILOMENA Me alegro de volver á ver á la señorita. ¡Pobre! ¡Quién la vió y quién la verá!

SOTERO ¡Si era una locura como se vivía en esta casa! Esperaban diez personas á comer, y venían veinte. Y regalos á todo el mundo..., y la mesa puesta á todas horas...

PACO ¡No podía ser!

ANDRÉS No; y lo peor fueron los negocios del señorito. Esos juegos de la Bolsa...

SOTERO El caso es que, mientras él lo pierde todo, otras personas á su sombra...

ANDRÉS ¿Lo dices por don Manuel?

FILOMENA Siempre me dió mala espina..., un hombre de tan pocas palabras...

JUANA Y su mujer y su niña tienen trazas de ser

unas lagartonas... ¡Bien han sacado de esta casa! Y ahora casan á la niña con el hijo de don Fermín, que no sabe él mismo los millones que tiene.

SOTERO ¡Otro pez espada!

PACO ¡El caso es que los señores se han quedado sin nada!

ANDRÉS Y ahora se ríen de ellos, y van diciendo cosas...

FILOMENA Sí; cuando la señorita se fué sola á París hubo quien dijo que se había escapado con uno...

JUANA ¡Qué atrocidad!

ANDRÉS Y no sé qué escándalo ha habido con motivo de unos papeles que dió la señora á un periodista; unos papeles de política. Como ella estuvo casada primero con un ministro de allá, de América...

FILOMENA ¡Sí, no les faltarán disgustos! Del árbol caído...

JUANA ¡Si es lo que pasa! ¡Lo ve uno en su esfera y no es una nadie! Te ven acomodada y no necesitas de la gente, y todos son á ofrecerse... Necesita una un duro, y no te lo dan, y encima, para quedar bien, dicen que eres una cualquier cosa... ¡Eso está visto!

FILOMENA Y ¿nos pagarán todo lo que nos deben?

ANDRÉS Todo. Eso sí; ellos se han quedado sin nada, pero han pagado á todo el mundo.

FILOMENA ¡Como que personas más decentes no las hay!

ANDRÉS Y esta misma tarde, cada uno por su lado.

JUANA ¡Eso es lo peor!

FILOMENA Yo me iré á casa de mis tíos hasta que me case.

ANDRÉS Voy á dar el aviso á Ramón y á Pedro.

JUANA Yo voy á recoger mis avíos.

FILOMENA Y yo.

ANDRÉS Listos, que oigo la voz de don Manuel.

ESCENA III

ANDRÉS, MANUEL, ISABEL, D.ª CONCHA, FERNANDO, ANITA y ELVIRA

MANUEL ¿No han venido los señores?

ANDRÉS No, señor.

D.ª CON. Qué revuelto y qué sucio está todo! ¡Cómo han tenido este abandono con tanto bigardo aquí, á la sopa boba! ¡Miré usted los suelos!...

ISABEL ¡Si las cosas en poder de criados, ya se sabe!

ELVIRA ¿Os acordáis de lo que hemos bailado aquí?

ANITA ¡Si no me parece la misma casa! Todo estaba lleno de plantas.

MANUEL Diga usted á la servidumbre que espero en el despacho.

ANDRÉS Está bien. ¿Manda otra cosa el señor?

MANUEL Nada más. (Sale Andrés.) Voy á despachar á esta gente. (Sale Manuel.)

D.ª CON. ¿Qué me dice usted, Isabel?

ISABEL ¡Qué quiere usted que le diga! Me da mucha pena. No quisiera haber vuelto á esta casa.

D.ª CON. Pero también dejarlos solos en estas circunstancias... Los amigos son para las ocasiones; deben agradecer que estemos aquí para recibirlos.

ISABEL. ¿Cree usted...?

D.ª CON. ¡Ay, hija! Nosotros no tenemos la culpa de nada. Su esposo de usted y el mío, por su parte, han hecho cuanto han podido porque esta gente saliera adelante... Buscando y proporcionándoles dinero.

FERNANDO No; para mi despacho prefiero el gabinete redondo. Aquí pondrás tu tocador.

ANITA Prefiero aquella salita que da al jardín; es más alegre.

ELVIRA La verdad es que tenían la casa muy mal distribuída.

ANITA A propósito para recibir gente; pero para vivir, muy incómoda.

FERNANDO Hay aquí tres habitaciones seguidas que

no sirven para nada. Oye, mamá, ¿es aquí donde decías que había que abrir una puerta?

D.ª CON. Sí... Vamos á ver la casa mientras llegan. Verá usted donde digo que estará mejor el cuarto de baño.

ISABEL Lo principal es que tengan ustedes independencia...

D.ª CON. ¡Ah, eso sí! Que nos molestemos lo menos posible. Es lo que hay que buscar para vivir en familia. Sobre todo, si empiezan á venir chiquillos...

ELVIRA ¡Mamá!

FERNANDO Aquí habrá que abrir otra puerta.

ANITA (A Elvira.) El tocador de seda china, como el de Pepita Muñiz. ¿No te gusta?

ELVIRA ¡Es precioso! (Siguen hablando. La escena se queda sola por un momento.)

ESCENA IV

VICTORIA é HIPÓLITO

(Entran en silencio. Victoria, muy abatida. Pausa, que queda encomendada al talento de los artistas.)

VICTORIA ¡Hipólito!

HIPÓLITO ¡Vamos, hubiera venido yo solo! Recoge lo que hayas de recoger en seguida; dispón lo que han de mandarnos, y vámonos de aquí cuanto antes.

VICTORIA Sí, cuanto antes. ¿Quién habla?

HIPÓLITO Hablan y ríen... Gente... no sé.

VICTORIA No quiero ver á nadie... Ven conmigo.

ESCENA V

DICHOS y TOMILLARES

TOMI. ¡Señores!

HIPÓLITO ¡Usted aquí!

TOMI. No saben ustedes con cuánto afán deseaba ver á ustedes desde que supe que se hallaban en Madrid. Estuve en el hotel, y

siempre me decían que no estaban ustedes; por casualidad he sabido que se hallaban ustedes aquí, y he venido presuroso.

VICTORIA Gracias.

TOMI. Debo á ustedes una explicación... Por una ligereza mía han tenido ustedes un disgusto, al qué alguien, con perversa intención, ha dado mayores proporciones.

VICTORIA ¡Por Dios! Bien sabemos que no es culpa de usted...

TOMI. Perdone usted, pero yo debo disculparme; yo pedí á usted unos documentos...

VICTORIA Sin importancia alguna.

TOMI. Pero un escritorzuelo sin vergüenza ha tenido interés en dársela, y la publicación de esos escritos ha parecido á los ojos de todos como una revelación de secretos de Estado.

VICTORIA De la que han querido hacerme cómplice.

HIPÓLITO Sí; el ministro de esa República americana entabló una reclamación. Han traído y han llevado nuestros nombres..., y hemos figurado como unos aventureros trapisondistas.

VICTORIA ¡No es la única calumnia que ha caído sobre nosotros!

TOMI. Pero nadie...

HIPÓLITO ¡Oh! Todos aparentan no creerlas; nadie quiere ser responsable de haberlas inventado, pero corren de boca en boca por si tropiezan con alguna más atrevida que las confirme como verdad.

TOMI. Si alguien delante de mí...

HIPÓLITO ¡Si alguien delante de usted nos calumniara, repita usted lo que dijo usted aquí á varias personas, cuando profetizaba usted lo que muy pronto sucedería!...

TOMI. Yo dije...

HIPÓLITO Sí, llegó á mis oídos. Ingeniosa frase y muy exacta: «Se arruinó el domador..., no puede alimentar á las fieras..., y la comida más sabrosa de las fieras es el domador.» Perdone usted, pero sólo he de permanecer aquí unos instantes. Agradezco su interés y su amistad.

TOMI. Señores... A los pies de usted.
HIPÓLITO Vamos, Victoria.
VICTORIA ¡No puedo más! (Salen Victoria é Hipólito, cerrando tras sí la puerta.)

ESCENA VI

TOMILLARES, D.ª CONCHA, ISABEL, ANITA, ELVIRA y FERNANDO
(Estos últimos entran con gran algazara.)

TOMI. Señoras...
D.ª CON. ¡Tomillares! ¡Usted por esta casa todavía!
TOMI. ¡Y usted..., ya! He venido á saludar á los señores de Alsina.
D.ª CON. No tardarán en venir.
TOMI. No; han venido ya.
ISABEL ¿Están aquí?
D.ª CON. Vamos á saludarles. ¡Qué dirán de nosotros!
TOMI. Yo he cumplido ya esa atención y dejo á ustedes.
D.ª CON. ¿Cómo encuentra usted á Victoria? Estará muy desmejorada. Ella sin componer vale poco.
TOMI. ¿No me ofrecen ustedes todavía su nueva casa?
D.ª CON. ¡Uf! ¡De aquí á que nos mudemos! Cuando se casen estos chicos. Hay obra para dos meses.
TOMI. Esto volverá á ser lo que ha sido.
D.ª CON. No, señor; será otra cosa muy distinta; habrá orden... y mujeres de su casa..., sin ofender á ninguna. Si no escarmienta una con estos ejemplos...
TOMI. Si escarmentara uno con los ejemplos, el mundo no daría tantas vueltas, y no sería tan divertido. (Vase.)
D.ª CON. ¿Dónde está Victoria?
ISABEL ¡Chist! Calle usted. Está aquí.
D.ª CON. Entraremos.
ISABEL No...; está llorando..., la oigo.
ANITA Es verdad, llora.
D.ª CON. Sí..., ¡cuando no hay remedio!... (Escucha.)

ELVIRA ¡Pobrecilla!

FERNANDO ¿Nos vamos á enternecer todos?

D.ª CON. ¿Qué hacemos? ¿Entramos?

ISABEL No me atrevo... Acaso no les agrade...

D.ª CON. La verdad es que en estos casos no sabe uno qué partido tomar.

FERNANDO Lo mejor que podríamos hacer es marcharnos... ¿Qué van ustedes á decir?

ANITA La verdad es que si nos ve, se afectará más...

ELVIRA Y tal vez les moleste...

D.ª CON. ¿Qué le parece á usted?

ISABEL Yo creo que Fernando tiene razón. Manuel les dirá que hemos venido, porque crea usted que cualquier cosa que podamos decirles...

D.ª CON. Sigue llorando.

FERNANDO Vaya, ¿qué hacemos?

D.ª CON. Sí, vámonos; es lo mejor. En estos casos... yo no esperaba, la verdad... Vámonos, niños.

ISABEL Sí, vamos.

D.ª CON. No hagáis ruido.

ANITA ¡Cómo llora! ¡Me da mucha pena!

D.ª CON. Por eso es mejor dejarlos solos.

ISABEL Es lo mejor. (Salen todos procurando no hacer ruido.)

ESCENA VII

FILOMENA y ANDRÉS

ANDRÉS Pero, mujer, ¿no has oído que aquí estamos de más? ¿Que aquí no quieren ver á nadie?

FILOMENA Bien; vosotros haced lo que queráis. Yo no me voy sin despedirme de la señorita; esas no son formas de personas, y á mí me gusta quedar en todas partes como es debido. Aquí me espero hasta que salga.

ANDRÉS ¡Mira que eres terca! ¡Bastante les importará á los señoritos tu despedida!...

FILOMENA Pues yo no tengo el desahogo de vos-

otros para irme así, como una bestia. ¡En algo se ha de conocer la crianza!

ANDRÉS ¡Adiós, diplomática! Me alegraré que te den un soflón, por porfiona. (Sale Andrés.)

ESCENA VIII

(Filomena se acerca á la puerta; á poco se abre y aparece Victoria del brazo de Hipólito. Filomena se aparta respetuosamente.)

HIPÓLITO ¿No has olvidado nada? ¿Has dejado todo dispuesto para que nos lo envíen al hotel?

VICTORIA Sí. Pero, ¿qué gente es esa, que hablaba y que reía?

HIPÓLITO ¡Qué te importa! Serán fantasmas de otros tiempos en que todo era aquí alegría.

VICTORIA ¡Qué triste todo!

FILOMENA ¡Señorita!

VICTORIA ¡Ah, Filomena! Yo creí que os habíais marchado todos.

FILOMENA Sí..., se han marchado...; pero yo no he querido dejar de despedirme de la señorita. Estoy muy agradecida; y cuando los señores son como ustedes...

VICTORIA ¿No eras tú la que estaba para casarse?

FILOMENA Sí, señorita. Para después de los Difuntos. El padre de mi novio tiene una funeraria, y como en esa época vende mucho, dice que todo el extraordinario de la venta nos lo regala para los gastos de boda.

VICTORIA Que seas muy feliz es lo que te deseo; y no sabes cuánto te agradezco la atención.

FILOMENA ¡No faltaba otra cosa, señorita! Yo sé agradecer el pan que como.

VICTORIA Hipólito, dale algo á esta muchacha.

HIPÓLITO Toma.

VICTORIA (Dando dinero á Filomena.) Para regalo de boda.

FILOMENA ¡Vaya, señorita, no faltaba otra cosa!

VICTORIA ¡Guárdalo, y adiós!

FILOMENA Señorita... (Saluda y vase.)

ESCENA IX

DICHOS y MANUEL

MANUEL — Todo el mundo está pagado. Aquí tiene usted las cuentas en regla.

HIPÓLITO — Las veré en el hotel. ¿A qué hora he de firmar esa escritura?

MANUEL — Aún es temprano. A las tres.

HIPÓLITO — Será la última firma... ¡Gracias á Dios!

MANUEL — ¿Piensan ustedes marcharse esta noche?

VICTORIA — Esta noche mismo.

MANUEL — ¿No han visto ustedes á Isabel y á mi hija? Estaban aquí con doña Concha y sus hijos....

VICTORIA — ¡Ah! ¡Eran ellos!...

MANUEL — No sabrán que están ustedes aquí. Voy... ¡Isabel!... (Sale Manuel.)

VICTORIA — No; yo no quiero ver á nadie. Vamos, antes de que vengan.

ESCENA X

DICHOS: SOTERO, ANDRÉS, JUANA y PACO

HIPÓLITO — ¿Qué ocurre? ¿No os han pagado ya? ¿No os habíais marchado?

ANDRÉS — Veníamos á despedirnos de los señoritos; á manifestar á ustedes...

HIPÓLITO — (A Victoria.) ¡Ah! ¿Ves qué canalla? Se habían marchado, pero la otra les habrá dicho... y vienen por su propina. ¡Gentuza!

VICTORIA — No te indignes. ¡No pidas á esa pobre gente lo que no hallaste en los demás!

HIPÓLITO — Sí, es cierto. ¡Tomad! (Los arroja un billete.) Y abrid paso. ¡Vamos, Victoria, vamos de aquí! ¡Me ahogo! ¡Solos los dos! ¡Solos! (Salen.)

ANDRÉS — ¡Un billete!

SOTERO — ¿De cuánto?

PACO — ¡A cambiarlo!

JUANA — ¿A cómo nos toca?

PACO — ¡Por partes iguales!

ANDRÉS ¡Calla, mocoso! ¡A razón del salario!

PACO No, señor.

SOTERO Es la costumbre.

PACO ¡Pues no paso por ella! ¡Venga el billete ó...!

SOTERO ¡Suelta!

ANDRÉS ¡Suelta, ladrón!

JUANA ¡Que vais á romperlo! ¡Trae acá! (Gritan y disputan.)

CAE EL TELÓN

CUADRO

Un gabinete muy reducido en un *appartement meuble* de París. Ventana al foro; una puerta á la derecha y otra á la izquierda.

ESCENA UNICA

VICTORIA é HIPÓLITO

(Hipólito sentado, con gabán y el sombrero sobre una mesa. Victoria de pie, con sombrero, mirando por la ventana.)

HIPÓLITO. ¿No deja de llover?

VICTORIA Cae un buen chaparrón; de los de París en verano.

HIPÓLITO (Asomándose también á la ventana.) Llueve mucho..., y no es tempestad. Está muy cerrado.

VICTORIA Ya no podemos comer al aire libre en los Campos Elíseos, como habíamos proyectado. ¡Qué lástima! Me quito el sombrero...; hay para rato; y si no cesa, comeremos aquí. ¡Qué fastidio de lluvia! Me divierte tanto comer en los Campos Elíseos los dos solitos, como una parejita de enamorados, entre provincianos y extranjeros, que al vernos, y al ver otras parejitas por el estilo, es decir, por el estilo no, pensarán asustados... ¡Qué París es este! Y oir la musiquilla de los cafés-conciertos... y respirar el ambiente de *boudoir* perfumado que satura el ambiente de París en estas noches de verano. Es delicioso París en verano. Nunca habíamos estado aquí más que en invierno. En verano no era *chic*. ¡Tantas cosas no eran *chic!*

HIPÓLITO Entonces no era un acontecimiento comer en los Campos Elíseos, en un *restaurant* á 3,50.

VICTORIA Pues mira, yo no creí qu por tres francos pudiera comerse tan bien. ¡Es un milagro!

HIPÓLITO ¡Pobre Victoria! Quieres aparentar una serenidad que no sientes.

VICTORIA No la siento, porque te veo de continuo triste y preocupado.

HIPÓLITO Y ¿por qué estoy triste? Porque te veo sufrir en silencio, y esforzarte por parecer dichosa en esta vida de angustias y de privaciones.

VICTORIA Que tú no sabes sobrellevar; por eso sufro.

HIPÓLITO No, yo sufro por tí.

VICTORIA ¿Por mí solo? Entonces acabó mi tristeza y también la tuya. Porque yo soy feliz; más feliz que nunca.

HIPÓLITO ¿No me engañas, Victoria?

VICTORIA ¿No me engañas tú? Y ¿por qué no has de sentir como yo siento, si ahora más que nunca es una nuestra vida? Y yo, créelo, soy dichosa. No me parece esto una vida distinta á la de antes; me parece... la vida; la verdadera vida... vida nuestra; con el pensamiento claro y el corazón limpio; sin sombras mentirosas... Ahora son verdad las tristezas y son verdad las alegrías.

HIPÓLITO Sí, bien dices; si nunca he sentido esta quietud; si nunca he deseado menos volver á una existencia activa.

VICTORIA No; bastante has luchado.

HIPÓLITO Porque en lucha he vivido siempre; porque viví desde muy joven èn otras tierras donde la lucha es ruda y franca. ¿Por qué vinimos á Europa? En América el hombre significa algo; es una fuerza, una garantía...; se lucha, sí, pero con primitiva fiereza; cae uno y puede volver á levantarse; pero en esta sociedad vieja, la posición es todo, el hombre nada...; vencido una vez, es inútil volver á luchar. Aquí la riqueza es un fin, no un medio

para realizar grandes empresas. La riqueza es el ocio; allí es la actividad Por eso allí el dinero da triunfos, y aquí desastres... Pueblos de historia, de tradición; tierras viejas donde sólo cabe, como en las ciudades sepultadas de la antigüedad, la excavación, no las plantaciones de nueva vegetación y savia vigorosa.

VICTORIA ¿Ves cómo te pesa esta quietud? Te exaltas á pesar tuyo.

HIPÓLITO No, si tú me aseguras que vives dichosa; si no veo en tu tristeza una acusación...

VICTORIA ¡Hipólito! ¿Cómo has de creerlo? ¡Si lo que antes era indiferencia ó fastidio es ahora un goce más de la vida! ¡Nuestras fiestas! ¡La gente risueña á nuestro alrededor!... Alegría que ni era suya ni era nuestra; que venía de fuera: del dinero gastado á manos llenas; de las luces, de las flores, del banquete espléndido... ¿Qué quedaba de todo aquello? Bien lo hemos visto. En tanto tiempo, ni una carta, ni un recuerdo de un amigo. Manuel, á quien salvaste de la ruína; su esposa, su hija, nadie, nadie. Sólo aquella pobre muchacha que sirvió en nuestra casa se acuerda de nosotros, y no deja pasar santo ni día señalado sin felicitarnos... Esa pobre gente es más agradecida.

HIPÓLITO Sí; esa pobre muchacha tiene la virtud práctica...; sabe que cada recuerdo le vale un regalito...

VICTORIA Es que los otros ni siquiera nos juzgan capaces de ser agradecidos al recuerdo.

HIPÓLITO No quiero acordarme de nadie. Ni los periódicos de allá quisiera leer... Pero los leo y á veces...

VICTORIA ¡Déjalo! ¡Una señal!

HIPÓLITO ¡A ver!... ¡Mira si se acuerdan de nosotros! Es la noticia de la boda del hijo de don Fermín Antón con Anita.

VICTORIA ¡Déjame! ¡Se han casado en su casa!

HIPÓLITO ¡En nuestra casa! ¡Oh! Aquí el cronista nos dedica un recuerdo... Sí. «Los opulentos americanos que tanto ruido...»

VICTORIA Ruido..., eso.

HIPÓLITO «Una fortuna locamente derrochada...»

VICTORIA ¡Eso, sí; locamente!

HIPÓLITO «Esos meteoros...» ¡Qué ingenio! ¡Ah! Y luego alude al asunto de las cartas... Y luego...

VICTORIA Supone... que nadie sabe lo que habrá sido de nosotros; y «Se asegura que el matrimonio se ha...» ¡Oh! ¡Separado! ¿Separado nosotros?... ¿Oyes esto? ¿Lo ves? (Abrazándole.) Separados... No; eso no. Todo fué pasto de vosotros: nuestra reputación, nuestra fortuna...; nos habéis arruinado, calumniado; os burláis de nosotros, pero separarnos... Eso quisiérais. ¡Ah, si nos vieran felices, unidos..., más unidos que nunca..., entonces sí que no nos perdonarían!...

HIPÓLITO Pero nosotros les perdonamos. No contaban ellos con que habíamos salvado de la ruína nuestra conciencia.

VICTORIA Y nuestro cariño.

CAE EL TELÓN

Precio: TRES pesetas